

# PASADO Y PRESENTE EN LOS *ROMANS D'ANTIQUITÉ*

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO  
Universidad de Murcia

Si nos situamos en ese momento de encrucijada que es la alta Edad Media, pronto vemos como el hombre europeo sintió la necesidad de afirmarse como ser histórico con conciencia de poseer una personalidad nueva que se adentraba en el futuro, en parte por circunstancias impuestas y en parte también como consecuencias de su iniciativa, y como intuyó así mismo que si quería que su imagen fuese vista tal comodeseaba por las generaciones que le seguirían, era él el que debía dejar memoria o constancia explicativa de sus hechos que, inexorablemente muy pronto, serían vistos como pertenecientes al pasado. Pero la memoria, en su mayor parte, como sabemos, no se ordena sólo sobre una dinámica de recuerdos y hechos retrotraídos por la voluntad o de manera espontánea, sino sobre referencias fijadas de manera consciente y también sin una intencionalidad manifiesta, siempre de forma enigmática, con el fin de poder recuperarlos en un momento determinado. El proceso de la memoria, selectivo y arbitrario, consciente e inconsciente, es un acto natural y misterioso que evidencia vitalidad y reflexión, y por el que la imaginación adquiere el sentimiento de que representa y rememora lo periclitado, estableciéndolo para siempre en un presente eterno. Ya desde los primeros tiempos se admitió como verdad irreductible que no se muere hasta que se borra la estela del recuerdo.

Y para que ello adquiriese una constancia capaz, desde la misma antigüedad, junto a la memoria natural, tornadiza e incontrolable, nacida simultáneamente con el pensamiento, se habló de una memoria artificial que la perfeccionaba y que había sido fortalecida y consolidada por el ejercicio. La memoria fue tenida por “guardián de todas las partes de la retórica y tesoro de las invenciones”<sup>1</sup>, como la llamó el maestro de retórica de Roma del siglo I a. de C., que por ironías del destino desconocemos su nombre, aunque no así el de la persona a quien fue dedicado su famoso tratado titulado *Ad Herennium*, de gran influencia en la Edad Media, en que corrió bajo la atribución a Cicerón con el nombre de *Tullius*<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Sobre la memoria véase el trabajo de FRANCES A. YATES. *El arte de la memoria*. Madrid. 1974. 1ª en Londres en 1966. Sobre *Ad C. Herennium libri IV* ver págs. 17 y ss. La edición de este libro ha sido hecha por A. CAPIAN. (Loeb Classical Libray). London-Cambridge Mass. 1968.

<sup>2</sup> FRANCES A. YATES. *El arte...* págs. 69 y ss.

En una sociedad como la medieval donde la palabra oral tuvo tan gran importancia en el proceso de la comunicación de lo que había sucedido y sucedía y, si queremos, de la explicación que de ello se deseaba dar, la memoria pronto fue tenida como un recurso auxiliar muy principal. Pero al mismo tiempo se miró más allá para lo que se buscó el refrendo de la palabra escrita, tras pasar por un proceso de acechanzas y enfrentamientos más o menos encubiertos con los poseedores de ella, los clérigos <sup>3</sup>.

En un momento dado el hombre medieval sintió una invencible necesidad de dejar constancia de sus actos por él mismo calificados de hazañas y proezas y, por lo tanto, equiparables a aquellos otros de la antigüedad perpetuados en determinados escritos. Era el fruto de una fuerza que les impulsaba a *quedar*, que nacía en ellos mismos como un acto de voluntad, y que a su vez traducía una larga serie de valores dominantes emanados del poder, que pasaban por los soportes de su propio mundo como eran la familia o lazo de sangre en el tiempo, y la casa solar con que se identificaban los *loci*, que substantivaban lo que se quería legar al futuro.

Para ello se contó también con el poeta, hombre que poseía la palabra, pero que, a diferencia del cantor épico de la antigüedad, en él no residía como motor impulsor un sentimiento que llamamos *fé* por el que se admitía una certeza a través de la cual decían los dioses o las Musas. El cantor épico quedó relegado al papel de difusor, y si queremos de artesano de la palabra. El problema residía en otra instancia pues la utilización de la memoria por el hombre medieval era, antes que nada, un acto de afirmación de sí mismo que acabó por caracterizar la cultura de su tiempo. Como se ha dicho, la memoria de los feudales dirigió su *imaginación*, pero no de un modo simple, sino *pensando activamente en lo pensado*. La memoria pasó a ser un *ars* pero no solamente como un recurso técnico para recordar y decir, sino como manifestación de voluntad de permanecer por medio de esa manera de hacer, que alcanzó, por último, a las sepulturas <sup>4</sup>.

El hombre medieval, por la utilización que hizo de la memoria, desde muy temprano, tomó también lo que se sabía del pasado histórico, que se conservaba por la labor de archivo que hacían los clérigos, y pidió que se actualizase remodelándose bajo sus propias formas de vida con el fin de mostrarse a sí mismo como una continuación.

La memoria vino así a metamorfosear las realidades mediata y pretérita acomodándolas al orden social que creyeron que heredaban y que admitieron como inamovible, el orden feudal. La memoria vino a facilitar un pasado que se ramificaba por el linaje paterno con sus relaciones de filiación y herencia, y por el linaje materno, que servía de apertura a las nuevas relaciones económicas y políticas al establecer alianzas matrimoniales. La familia y la memoria, en la alta Edad Media, se fundieron en un fuerte abrazo acomodando el acceso al pasado, reconocible hasta unos límites que permitía saltar a otro estadio que le continuaba hasta perderse en la noche de los tiempos.

---

<sup>3</sup> Ver J. E. RUIZ DOMÉNEC, *La memoria de los feudales*. Barcelona, 1984, pág. 11. Sobre los símbolos utilizados por los clérigos en relación con la memoria ver de FABIO TRONCARELLI «"Con la mano del cuore". L'arte della memoria nei codici di Cassiodoro» en *Quaderni medievali*, nº 22, diciembre 1986. Bari, págs. 22 y ss.

<sup>4</sup> J. E. RUIZ DOMÉNEC, *La memoria...* ed. cit. pág. 15. Sobre las sepulturas ver de J. YARZA LUACES, "Despensas hacen los omnes de muchas guisas en soterrar los muertos" en *Formas artísticas de lo imaginario*. Barcelona, 1987, págs. 260 y ss.

J. E. DIAZ DOMÉNEC, *La memoria...*, ed., cit., págs. 47 y ss. El documento es *Fragmentum Historiae Andegavensis* publicado por L. HALPHÈNE, POU-PARDI N, *Chroniques des Comtes d'Anjou et des Seigneurs d'Amboise*. Paris, 1913. págs. 232 y ss.

El pasado, por obra y gracia de la utilización de la memoria, reclamado como patrimonio de la nobleza feudal en su segunda generación como nos ha mostrado Ruiz Doméneq al estudiar la rememoración de Fulco IV, conde de Anjou, llamado *Le Rechin*, cuando registró las tradiciones de sus antecesores familiares evocándolas como *historia*, a fines del siglo XI<sup>5</sup>. El pasado también podía ser ya referido desde el lado laico y separado del circunscrito al poder del monarca.

Hasta entonces el pasado, visto como *historia*, había pertenecido por entero a los hombres de iglesia y a la Iglesia como institución, pues no en vano como tal se consideraba heredera del Imperio Romano. La historia daba cuenta de la sucesión de los detentadores del poder en obras que hemos de ver como escatologías, que fundamentándose en lo que afirmaban las Sagradas Escrituras, recomponían y reconstruían la línea maestra que lo estructuraba hasta alcanzar al primer hombre. nuestro padre Adán. El hombre feudal rechazó la *historia* así entendida, como vía que conducía en último término a Dios, y prefirió limitarse a lo que decía la memoria al referirse a un pasado inmediato que se mostraba, en principio. idéntico a su mundo y a su tiempo. lo que servía para evidenciarlo como su continuación.

La Historia era un relato que quedaba fuera de sus fuerzas, al fin y al cabo. humanas. La **Historia** era una entelequia que se imponía desde la superestructura. mientras que el relato confiado a la memoria se circunscribía a un pasado que se limitaba a mostrarse como una dimensión con referencias identificables. Estamos ante un enfrentamiento dialéctico entre lo universal y lo particular que traducía el sostenido por dos poderes que en buena parte, por lo menos aparentemente, se compensaban. Muy pronto los intereses políticos hicieron posible que tanto los eclesiásticos —poseedores del derecho de escribir la historia y de la técnica de procedimiento, un *ars* de la memoria que había quedado incrustada como una de las panes de la Retórica, que a su vez les permitía utilizarla dentro de una nueva *imagería* codificada imposible de acceder a los no iniciados—. como los grandes señores feudales, se entrelazaron formando una compleja urdimbre. Varios autores, refiriéndose a este momento, nos dicen que se comenzó con una renuncia al latín como medio de expresión de la cultura. a pesar de las reticencias de los eclesiásticos, mientras que los feudales abandonaron para siempre la oralidad como vehículo de cultura. Lo que hace que, según Ruiz Doméneq, de esta conjunción algo extraña naciese la epopeya en Occidente. O mejor aún. que este acuerdo condujo a la elaboración por escrito de la epopeya<sup>6</sup>. La fuerza que hizo posible esta obra fue la incidencia de la memoria *mediata* en el discurso histórico por la que el pasado que les legitimaba, el de sus ancestros, adquiría una dimensión hasta entonces inédita e inimaginable. La narración familiar y la genealogía, como verdaderas fuerzas obsesivas referidas al parentesco, entraron a formar parte de la realidad cultural de esta época junto a otros elementos que veremos más adelante, remodelando así el pensamiento eclesiástico, que no era feudal.

En la etapa anterior, el pasado inmediato, como parte de la Historia, sólo había sido utilizado a la hora de referir en lo tocante al monarca, al hombre que poseía el poder, equiparándolo a otros de tiempos ya lejanos.

Si volvemos nuestros pasos a los días de ajuste de los siglos VIII y IX vemos como tras un silencio de siglos en los que la naturaleza había repoblado los predios abiertos por los antiguos colonizadores y reducido a ruinas las vías de comunicación que posibilitaron el intercambio de hombres, ideas y cosas, el hombre europeo tornó a sentirse con la fuerza suficiente para orientarse en el futuro que, intuyó, le esperaba, y nuevamente comenzaron a abrirse paso y se

---

<sup>6</sup> J. E. RUIZ DOMÉNEQ, *La memoria...*, ed.. cit., pág. 29.

tendieron puentes para unir los focos de vida social que se hallaban diseminados en el suelo europeo separados por los grandes bosques, dentro de un nuevo intento de reorganización guiada por una idea política.

El tiempo así, también dejó de ser asumido como algo indefinido e indefinible con valor de inmediatez al descansar únicamente en un presente efímero, o ser visto como un ámbito hueco en el que faltaba el sentido que orientaba entre lo anterior y lo posterior, y pasó a ser recuperado como una extensión por la que se avanzaba hacia el futuro en formulaciones mediatizadas por la voluntad humana, y hacia el pasado, guiándose por datos **inextricables** contenidos en escritos de sentido oscuro, que muy pronto fueron considerados como una entelequia cuya posesión legitimaba y ofrecía seguridad.

El hombre poseedor del poder, fijado en este estadio, intuyó que para llegar a saber de sí mismo debía mirar en lo que era y en lo que **había sido** en una etapa anterior, tenida ahora como su pasado, y no sólo como una herencia que le acomodaba, y que vislumbraba en ese momento iniciático ejerciendo una fascinación seductora. Un pasado que poco a poco se había ido ampliando hasta comprender a unos hombres que en siglos anteriores, un período de tiempo imposible de evaluar, habían vivido días de esplendor y riqueza, y de decadencia y ruina, como evidenciaban los miles de vestigios de todo tipo que aparecían repartidos por su geografía, junto a lo que rezaba en unos libros celosamente guardados por los hombres de iglesia.

Para continuar hacia delante, este primer hombre medieval europeo tuvo necesidad de saber de sí mismo en su origen, en un ayer difícilmente reductible y como única respuesta viable —, se reconoció proyectándose en aquellos hombres considerándolos sus antepasados, y a su vez, de manera un tanto arbitraria, argumentó su presente como una variación de ese pasado lejano ahora tenido como prototípico.

Será suficiente que nos refiramos **aquí** de manera concisa a un conocido ejemplo para que comprendamos el valor de esta práctica, casi de ritual, por la que se organizó la visión que de sí mismo tuvo el hombre medieval y del protagonismo que asumió, como continuación, en la andadura del devenir de la humanidad: cuando Carlomagno acudió a Roma en el año **800**, lo hizo como defensor de la Iglesia y del papa León III, vistiendo la toga **depaiircius Romanorum**, para pasar, tras jugar el papel de árbitro en los sucesos de la corte papal, a ser coronado como emperador con las prerrogativas que la iglesia había reconocido en los emperadores romanocristianos. Carlomagno, la noche de Navidad del año **800**, dejó de ser cabeza del **Regnum Francorum** para convertirse en **Imperáior** del conjunto de pueblos, reinos y territorios que comprendía la cristiandad dentro de los cauces de una determinada ideología justificativa político-religiosa bien diferente de la que fecundaba la propia del Imperio <sup>7</sup>, sin embargo, conscientemente, la imagen que de él se quiso levantar estaba íntimamente **emparentada** con la de una especie de reencarnación personal de los emperadores romanos. El presente se caracterizaba **así** como continuación de un pasado, o por lo menos, éste servía de justificación de las acciones que colmaban el presente.

Esto se nos evidencia si reparamos en la manera que Eginhardo escribió su **Vita Karoli Magni imperáioris**: acumulando los recuerdos de su propia vida relacionados con el emperador durante los años que pasó en la corte de Aquisgrán junto a los datos que le facilitaban los

---

<sup>7</sup> L. HALPHEN, *Carlomagno y el impero carolingio*. México. 1955. págs. 155 y ss. Ver R. FOLZ, *Le couronnement imperial de Charlernagne*, París, 1964. y J. CALMETTE, *L'enffondrement d'un empire et la naissance d'une Europa IX<sup>e</sup>-X<sup>e</sup> siècle*. París. 1941.

*Annales regni Francorum*, para después estructurarlos y acumularlos según la pauta que le daba el modelo clásico *De vita Caesarum* de Suetonio, sobre todo la de **Augusto**, dentro de un claro y decidido proceder de cuantos se dedicaron al género hagiográfico en sus días y posteriores <sup>8</sup>. Ya en las palabras del prefacio, aparte de consideraciones retóricas. Eginhardo nos hace saber algo bien significativo cuando dice: "Admitiré que muchos de los que han consagrado su tiempo libre a las letras no consideran la época actual tan despreciable hasta el punto de dejar en el silencio y en el olvido lo que hoy sucede, como si fuese algo indigno de ser recordado..." <sup>9</sup>. El aparente malificio se había roto.

El efímero presente, siempre pasado cuando se adquiría conciencia de su valor, podía ser equiparado a aquel otro tenido por glorioso pues no en vano en su escrito se recogía *el recuerdo del hombre más grande y excelso*, así como se rendían cuentas de lo justo que había sido la manera de proceder de los fundadores de la dinastía al apartar del trono al rey Childerico (Caps. I y II).

El pasado histórico, como motivo de la memoria, en un primer momento, quedó reducido a las figuras de los monarcas y sus hechos, en gran medida dentro del género genealógico. por el que se trataba de mostrar una ascensión en el tiempo, con lo que en buena medida se equiparaba e identificaba el sentimiento de nacionalidad que comenzaba a florecer en aquellos momentos y que alcanzó su máxima expresión literaria en el siglo XII cuando Gooffrey de Monmouth o Galfridus Monemustensis escribió su *Historia regum Britaniae*.

En este momento, en el siglo XII, en la nobleza europea se había desarrollado ampliamente la necesidad de afirmar el *honor* que la sostenía y justificaba para lo que en gran medida había nacido la literatura genealógica o conjunto de obras diversas que tenían como fin mostrar la filiación de una familia o de un hombre en particular.

Las más antiguas genealogías que han llegado a nosotros, sin duda alguna, son las que nos refieren el proceso de las tribus de Irlanda, que en realidad no son más que catálogos de reyes <sup>10</sup>, que fueron realizadas en el siglo VIII por letrados deseosos de procurar a su país un pasado, a las que se unieron otras en el siglo X, con pretensiones también de antigüedad ya en aquellos tiempos <sup>11</sup>. Otras genealogías nos refieren las series de soberanos de Kent, Est-Anglie, Wessx, Mercie, Northumbrei..., situándolas en días anteriores al año 700, aunque los eruditos, tras enconadas discusiones, las establecen en épocas posteriores <sup>12</sup>, salvo la de Nenios, incluida

---

<sup>8</sup> Sobre la influencia de Suetonio en Eginhardo véase L. HALPHEN. *Eginhard, Vie de Charlemagne*. París. 1947. Son numerosos los autores que han tratado y comentado la obra de este autor. como G. H. PERTZ, G. WAITZ, O. HOLDER-EGGER, CARMELO RIPISARDA, LEWIS THORPE... Véase de B. GUENÉE *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*. París. 1980, y de J.-P. CALLU-O DESBORDES BERTRAND. "L' *Histoire Auguste*" et l'historiographie médiévale, en *Revue d' Histoire des textes*. T. XIV-XV. 1984-8. París. págs. 97 y ss.

<sup>9</sup> EGINHARDO, *Vida de Carlomagno*, traducción de ALEJANDRA DE RIQUER, Barcelona. 1984, pág. 46.

<sup>10</sup> J. V. KELLEHER, "The Pre-Norman Irish Genealogies", en *Irish Historical Studies*, vol. XVI. nº 62. 1968, págs. 138 y ss. En este trabajo se analiza el *Corpus genealogiarum Hiberniae* de M. O'BRIEN, Dublín, 1962. en el que figuran genealogías, historias de tribus, listas de reyes...clanes. También véase T. F. O'RAHILLY. *Early Irish History and Mythology*, Dublín, 1946. que en la pág. 194 edita la compilación *Lebor Gebalá Eren* o *Libro de la conquista de Irlanda*. que relaciona los reyes irlandeses hasta la llegada del cristianismo.

<sup>11</sup> Los Land Genealogies and Tribal Histories" en J. V. KELLEHER, *The Pre-Norman...* ed., cit., págs. 416 y ss.

<sup>12</sup> Ver *Monumenta Germaniae Historica, Scriptorum Antiquissimi* (M.G.H.), T. 13, 1898 y en EDMOND FARAL, *La légende arthurienne*, T. III, (*Les plus anciens textes*). París, 1969, 1ª en 1929. que es la que utilizo. pág. 2 y ss. Incluye las versiones de los manuscritos Z de CHARTRES nº 98 (siglos IX y X) y el manuscrito H. HARLEIEN 3.859 (siglos XI y XII).

junto con otras en ese mosaico que es la *Historia Brittonum* <sup>13</sup>, a la que se podrían añadir algunas más <sup>14</sup>. E igualmente en el continente como las incluidas por Casiodoro en su *Historia de los godos* del 530, por sólo citar un ejemplo <sup>15</sup>.

Las genealogías, en los siglos posteriores, pasaron a ser la llave maestra que legitimaban un origen, y que muy pronto también fueron aplicadas a la nobleza, a los santos..., como vemos en el siglo X, en un manuscrito de Saint-Gall al referirse a los carolingios <sup>16</sup>, o en el XI al hacerlo a Santa Gertrudis <sup>17</sup>, entre otros muchos que fueron multiplicándose conforme avanzaba el tiempo <sup>18</sup>, como en la baja Edad Media donde llegaron a ser necesarias a la hora de presentar las pruebas de nobleza de linaje <sup>19</sup>, a la vez que se materializaban en el apellido que comenzó a usarse en los lejanos días en que la nobleza se estableció en castillos que precisamente recibieron su nombre familiar, para pasar en el siglo XIII a las ciudades <sup>20</sup>, en un momento que se corresponde con el fortalecimiento de la familia como ente que comprendía una comunidad jurídica y personas que llegó a hacerse indisoluble por prescripciones canónicas hacia 1200 <sup>21</sup>. Más tarde, la pretensión de creación de un pasado familiar alcanzó también a la burguesía mercantilista de las ciudades italianas <sup>22</sup>.

En la alta Edad Media el pasado vino a ser tenido como un patrimonio que a su vez legitimaba un poder que, antes que nada, servía para probar el derecho de un heredero en el momento de sucesión dudosa. Bien significativo es el esfuerzo sostenido por los autores de estos escritos para encontrar en el más recóndito pasado el origen de la posesión hereditaria, lo que hace plenamente aceptable la hipótesis defendida por Karl Schmid que dice que cuando los miembros de la alta aristocracia cesaron de deber sus fortunas a los favores temporales de un soberano, o de tener un poder y unos bienes durante una determinada concesión temporal y por lo tanto revocable, o cuando su poder estaba respaldado en un

---

<sup>13</sup> Los historiadores R. THURNEYSSEN y H. ZIMMER, en los años finales del siglo XIX defendieron la tesis de que dichas genealogías pertenecían al núcleo primero, lo que fue criticado por F. LOT en "Liste de cartulaires et recuils contenant des pièces antérieures à l'an mil" en *Archivium latinum Medii Aevi*, XV, 1.940 que las sitúa a fines del siglo VIII ó IX. Ver K. SISAM, "Anglo-Saxon royal genealogies" en *Proceedings of the British Academy*. Londres, 1953. págs. 287 y ss.

<sup>14</sup> Ver "Anglo-Saxon Chronicle" en K. SISAM, *Anglo-Saxon...*, ed. cit., págs. 299 y ss., o las compiladas por H. SWEETE e incluidas en el mismo. págs. 289 y ss.

<sup>15</sup> Ver M.G.H. *Auctores Antiquissimi*, T. 5. 1882.

<sup>16</sup> Monje de Saint-Gall. *De Gestis Caroli imperatoris*, ed PERTZ, *Scriptores*, II. L. GENICOT, "Princes territoriaux et sang carolingien. La genealogia Comitum Bulonensium", en *Etudes sur les principautés Lotharingiennes*, Louvain. 1976.

<sup>17</sup> G. DUBY "Remarques sur la littérature généalogique en France aux XI<sup>e</sup> et XII<sup>e</sup> siècles" en *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*. 1967, págs. 123 y ss., en español en *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, 1977, págs. 188 y ss.

<sup>18</sup> Sobre literatura genealógica, aparte del artículo citado de G. DUBY en nota anterior, véase el excelente trabajo de P.C. BARTRUM, *Early Welsh Genealogical Tracts*, 1966, y otros de L. GENICOT, A.H. HONGER, KARL HANCK, K.F. WERNER...

<sup>19</sup> Ver de L. GENICOT, *L'économie rurale namuroise au bas moyen âge*. T. II. *Les hommes, la noblesse*. Louvain, 1960, pp. 250 y ss.

<sup>20</sup> Ver BRATTO, *Liber extimationum*, Goteborg, 1956.

<sup>21</sup> J. DAUVILLIER, *La mariage dans le droit classique de l'Eglise depuis le Décret de Gratien jusqu'à la mori de Clementi V*. París, 1933, pp. 17 y ss. y G. LEPOINTE, *La famille dans l'ancien droit*. París, 1933, pp. 33 y ss.

<sup>22</sup> Las memorias familiares de los ricordi, la crónica de Buinaccorso Pitti, la crónica doméstica de Donato Vellutti..., han venido publicándose desde el siglo XVIII. Ver Ch. KLAPISCH-ZUBER "L'invention du passé familial a Florence (XIV-XV s.)", en *Temps, mémoire, tradition au moyen-âge*. Aix-en-Provence, 1983, pp. 95 y ss.

patrimonio heredado de sus antecesores..., es el momento en que los grupos de parentesco se ordenaron siguiendo las estrictas leyes del linaje. Es el momento en que el *honor*, en su sentido primitivo, se hizo hereditario: en el siglo IX para los príncipes, a comienzos del X para los señores de menor rango y, en Francia, a comienzos del XI para los caballeros <sup>23</sup>.

Como hemos referido en páginas anteriores, las primeras genealogías se elaboraron en los monasterios privados. incursos en los patrimonios de las grandes familias principescas. como los *Saint-Bertin* y *Saint-Aubin* de Angers pertenecientes a los condes de Flandes y de Anjou, o los de *Fleury* o *Saint-Denis* a los capetos, en ese momento de acoplamiento y entendimiento de los dos cuerpos sociales detentadores del poder. Por un lado la nobleza requirió tener un pasado legitimado, por otro la iglesia elaboraba la historia, entendiéndola tal como la establecía el Antiguo Testamento, por la que se podía retroceder hasta las primeras generaciones, y ambas maneras llegaron a influir y auxiliarse. La nobleza y la iglesia pasaron así a tomar posesión del pasado en su dimensión mediata, y en su dimensión histórica. La literatura genealógica vino a ser la obra manifiesta que evidenciaba este poder, y que mostraba un origen que diferenciaba.

Y después, en un segundo paso, los encargados de redactar y organizar esta literatura vieron que no solamente debían de limitarse a relatar un pasado conforme a lo que dictaba una memoria o un recuerdo, sino que también debía referir una *historia* que se remodeló construyendo una *vita* de esos personajes que aparecían en el linaje. La literatura genealógica pasó a ser una variedad de la literatura de corte, gradualmente más laica conforme se avanzaba en el tiempo, a la vez que se aproximaba, al dejar sentir su influencia, a la literatura caballeresca, llegándose así en numerosos casos en el siglo XII en que no es nada extraordinario inventar en los orígenes del linaje a antepasados míticos <sup>24</sup>.

Sin duda alguna esta incidencia de la literatura genealógica por un lado, y de necesidad de poseer un pasado, lo vemos de forma evidente en el libro de Gooffrey de Monmouth ya apuntado anteriormente, *Historia regum Britaniae*, que para muchos historiadores y estudiosos medievalistas no es más que una ficción en prosa latina de los reyes celtas de Britania, entre los que hemos de destacar a *Edmond Faral*, con su importante trabajo sobre la leyenda del rey Arturo <sup>25</sup>.

Sin embargo, el libro de Monmouth, junto a la larga serie de invenciones de todo tipo que pueblan sus páginas, hay también múltiples consideraciones que nos obligan a contemplarlo como un libro *histórico* plenamente consecuente con la intención que dictó a su autor.

*Historia regum britaniae* es un libro escrito en un momento muy significativo como es el que representa el establecimiento de la conciencia y los fundamentos de diversos nacionalismos en Europa y, también, la entrada en el juego social del criterio de pensamiento de unos hombres dominados por el impulso de la curiosidad sobre lo que ofrece la naturaleza y, también, en el

---

<sup>23</sup> KARL SCHMID, "Zur Problematik von Familie, Sippe und Geschlecht, Hans und Dynastie beim mittelalterlichen Adel", en *Zeitschrift für die Geschichte des Oberheins*, 1957, citado por G. DUBY, en "Remarque sur h...", ed. cit. p. 185.

<sup>24</sup> G. DUBY ha establecido varias etapas en esta evolución de la literatura genealógica. Ver "Remarques sur la..." en *Comptes rendus...*, ed. cit. pp. 193 y ss.

<sup>25</sup> Como tal lo ve EDMOND FARAL, *La légende arthurienne*, t. II. París, 1969, pp. 70 y ss. A lo largo del análisis del contenido del libro va haciendo constantes referencias a las invenciones de los diversos reyes; t. II, p. 397, lo que se repite una y otra vez hasta en los más recientes trabajos, como STEPHEN KNIGHT, *Arthurian literature and society*, London, 1983, p. 39.

pasado, llamados intelectuales<sup>26</sup>, que poco a poco comenzaron en aquellos días a ofrecer una visión crítica y diferente de la generalmente admitida. Hombres de ciudades y de libros que pronto reclamaron libertad para obrar en sus estudios. De permanecer incursos en unas *creencias sin inteligencia* pasaron a tomar cuanto les servía el pasado para una vez cristianizado convertirlo en símbolos que podían ser utilizados por ellos y para ellos. Salomón, Virgilio, Alejandro... fueron figuras claves de esta peculiar actualización del pasado <sup>27</sup>.

Las relaciones contenidas en las genealogías ya no servían para tal empeño, ya que ahora, al pretender *conocer* el pasado, había que argumentar sobre bases muy diferentes, pues al ignorarlo casi en su totalidad, cabía la posibilidad de correr la suerte de ofrecerla como una realidad deseada sobre bases folklóricas unidas a lo que por sí *decían* unos desnudos nombres.

Gooffrey de Monmouth dictó su libro con la pretensión de *encontrar* y explicar la existencia de un pueblo en un pretérito que, a su vez, justificaba el comportamiento de determinadas actuaciones políticas, dentro de un movimiento típico de sus días, por el que se oponían a los sajones al afirmar con claridad que los britanos eran poseedores de un pasado celta equiparable al de los imperios de la antigüedad. Como nos dice este autor en el prefacio de la obra, el problema de la carencia de noticias de la existencia de reyes de Britania en el pasado, le había hecho meditar grandemente, pues salvo alguna mención hecha por Gildas y Beda, una especie de vacío irredento parecía abrirse como una incógnita en el pretérito remoto, lo que nos lleva a vislumbrar la realización de su libro como una respuesta que amortiguaba su *horror al vacío*... tan característicamente medieval, que le dominaba. Y así, con unos escrúpulos muy relativos, colocó al frente de su obra la palabra *Historia*, con un significado de relato que lleva a *saber* de un pasado que se perdía en el tiempo, aunque con un sentido diferente del que poseía la palabra griega *historié* ( ) o saber por observación personal tal como la utilizó Herodoto. Para llenar ese vacío Monmouth contaba con un enorme cúmulo de leyendas y referencias netamente folklóricas que le llevaban a la presencia de un pueblo conducido por unos caudillos que revestían el carácter de héroes míticos, sobre las que volveremos, aparte de otras fuentes escritas que han sido cuidadosamente estudiadas por los medievalistas. Autores como Gildas con su *De excidio et conquestu Britanniae*, o Beda, con su *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, son fuentes principales de autores bien conocidos, así como la *historia Brittonum* en que *se* reúnen diversas genealogías y relatos de épocas muy diferentes, destacando entre ellas como fuente reconocida la de Nennius, anterior al año 679 <sup>28</sup>..., y las crónicas de sus contemporáneos Guillermo de Malmesbury y Enrique de Huntingdon <sup>29</sup>.

Sin embargo, a nuestro modo de ver, el libro de Monmouth guarda celosamente una clave que debe ser analizada en profundidad, pues en verdad nos está diciendode forma clara de las motivaciones que llevaron a escribirlo y de las razones de su amplia e inmediata difusión.

---

<sup>26</sup> JACQUES LE GOFF, *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona, 1986, págs. 58 y ss.

<sup>27</sup> Ver JACQUES LE GOFF, *Los intelectuales...*, ed., cit., pág. 59.

<sup>28</sup> La edición de *Historia Brittonum* de NENNIUS. Ver en M.G.H., *Scriptores antiquissimi*, t. 13, 1989, págs. 203-208. Los historiadores de fines del siglo XIX R. THURNEISEN, Nennius vindicatus, en *Zeitschrift für deutsche Philologie*, nº 28. 1895. y H. ZIMMER, Nennius vindicatus: über Ennsrehung, *Geschichte und Quellen der Historia Brittonum*, Berlín, 1893, así lo llegaron a determinar.

<sup>29</sup> Ver J. S. P. TATLOCK, *The legendary History of Britain: Geoffrey of Monmouth's Historia Regum Britanniae and its early vernacular version*. Berkeley-Los Angeles, 1950.



En el prefacio de la obra nos dice que encontrándose meditando sobre el hecho de que no había ningún libro que refiriese la historia de los reyes de **Britania** le sacó de su estado su amigo Walter, archidiácono de Oxford. hombre sabio en el arte de la oratoria y en la historia de otras naciones, cuando le ofreció un libro muy antiguo escrito en lengua británica en el que precisamente se exponían en un orden continuo los hechos de los reyes britanos desde el primero de ellos, Bruto, hasta Cadveladro. Diciéndonos a continuación que su trabajo había consistido en traducirla a la lengua latina<sup>30</sup>. Edmond Faral consideró que todo esto no era más que un mero recurso literario, una invención más de su fértil imaginación<sup>31</sup>, que ha sido aceptado por muchos estudiosos, aunque no faltan los que han buscado cuál podía ser este libro escrito en lengua británica, llegando en muchos casos a conclusiones semejantes. aunque sin negar la posibilidad de que hubiese utilizado ciertas fuentes contemporáneas<sup>32</sup>.

En las últimas décadas, y como consecuencia de los estudios llevados a cabo sobre Wace y su traducción al francés de parte de la *Historia regum Britanniae* con el título de *Roman de Brut*, se ha replanteado este problema de sus fuentes que ya aparecía como cerrado<sup>33</sup>. Así. Hans-Erich Keller nos ha mostrado el estado en que se encuentra este problema al publicar Jacob Hammer la que se conoce como *Variant Version* de la obra de Monmouth<sup>34</sup>.

El hecho de que Wace utilizase una segunda versión de la obra de Geoffrey de Monmouth ha llevado a algunos historiadores a ver en esta *variante*, debida a un autor intermedio, la fuente directa que utilizó para escribir su obra. teniendo en cuenta también, por otro lado, el hecho de que un escritor de la segunda parte del siglo XI y primera del XII, Geoffrey Gaimar, autor de una *Estoire des Engleis* también utilizase un viejo libro debido a un *bon livre de Oxeford*<sup>35</sup>. Hans-Erich Keller se ve tentado a concluir que la *Variant Version* de la *Historia regum Britanniae* y el viejo libro utilizado por Gaimar era el mismo<sup>36</sup>. Una decena de años más tarde que el autor de esa *Variant Version*, Wace, según parece, también utilizó este libro en una amplia parte de su trabajo de traducción y recreación de la obra de Monmouth, como una obra original de un escritor de Oxford<sup>37</sup>. Keller termina su artículo inclinándose por la hipótesis defendida por M. Caldwell, al decir que la *Variant Version*, antes que una variación de la obra de Monmouth, era la obra que circuló en los medios de Oxford con el título de *Britannicisermonis librum vetustissimum*, que le sirvió de

---

<sup>30</sup> Utilizo la edición de E. FARAL, *La légende...* T. III (Documents), Ed. cit., págs. 71 y ss. "Rogatu itaque illius ductus, tametsi infra alienos hortulos phalerata verba non collegerim, agresti tamen stylo propriisque calamis contentus. codicem illum in latinum sermonem transferre curavi". En español ver la traducción de LUIS ALBERTO CUENCA. Madrid. 1984. Lo mismo lo repite en otras ocasiones en H.R.B.

<sup>31</sup> E. FARAL. *La légende...* T. II. págs. 396 y ss.

<sup>32</sup> Ver Th. M. Th. CHOTZEN. "Le livre de Gautier d'Oxford, l'Historia Regum Britanniae, les Brurs Gallois et l'épisode de Ludd et Llevelys", en *Revue celtique*. T. IV, 1984. págs. 221 y ss.

<sup>33</sup> Ver de MARCARET HOUCK, *Sources of the Roman de Brut of Wace*. Los Angeles. University of California Press. 1941. Publications in English. vol. 5, nº 2, 1941. págs. 161 y ss.

<sup>34</sup> JACOB HAMMER. *A Variant Version of Geoffrey of Monmouth's Historia regum Britanniae*. Cambridge. Mass. 1951. Sobre los diversos estudios y las variadas conclusiones de este problema véase H.E. KELLER, "Wace et Geoffrey de Monmouth: problème de la chronologie des sources", en *Romania*, t. 98. París, 1977, pp. 1 y ss.

<sup>35</sup> Ver ALEXANDER BELL, ed. *L'Estoire des Engleis by Gefrey Gaimar*. En *Anglo-Norman texts*, vol. XIV-XVI. Oxford, 1960.

<sup>36</sup> H. E. KELLER, *Wace et Geoffrey...* edl., cit., pág. 7.

<sup>37</sup> El historiador que ha trabajado sobre este punto es M. ROBERT A. CALDWELL, "Wace's Roman de Brut and the Variant Version of Geoffrey of Monmouth's *Historia regum Britanniae*" en *Speculum*, nº 31. 1956, págs. 69 y ss.

fuente, igual que a Gaimar en su *Estoire des Engleis*, aunque este autor dijese que llegó a él escrita en la lengua del País de Gales <sup>38</sup>.

Por otro lado, para nuestra exposición, junto a la importancia que tiene todo esto que reseñamos, hemos de resaltar la presencia de todas estas obras en un corto espacio de tiempo que nos lleva a que adquiramos conciencia de la existencia de un grupo de hombres que actuaban impulsados por un criterio y una intención semejantes.

Pero el sentimiento de la necesidad de un pasado, en ese momento de los años medianeros del siglo XII, no sólo se dejaba sentir en Bretaña: en el continente también sucedía algo semejante como se percibe al dar comienzo en esos días a la producción de una serie de obras escritas en francés que han sido vistas por algunos historiadores de la literatura como los eslabones que forma una transición que lleva desde la canción de gesta hasta el *roman bretón*, en las que se bosquejaba un género que todavía estaba buscando su identidad. Estas obras, tenidas por híbridas, han hecho que algunos historiadores las vean como grandes frescos de historia-ficción donde aparecían los héroes griegos, troyanos y romanos, tras secundar modelos clásicos <sup>41</sup>. Es la llamada *matière d'Antiquité o de Rome* que ya Jean Bodel así la caracterizó para distinguirla de la *de Francia* centrada sobre Carlomagno y héroes de su tiempo y *de Bretaña* sobre el rey Arturo y sus caballeros <sup>42</sup>.

La *matière antique* comprende una amplia serie de libros en los que hay que incluir las diversas versiones del *Roman d'Alexandre* que fueron apareciendo a lo largo del siglo XII <sup>43</sup>, así como el *Roman d'Apollinius de Tyr*, que no ha llegado hasta nosotros, y que según parece se compuso hacia 1150 y 1165 siguiendo los modelos clásicos de la *Tebaida* y de la *Eneida*, respectivamente en los dos primeros, y los escritos de época tardía *De excidio Trojae* de Dares de Frigio y *Ephemeris belli Trojani* de Dictis de Creta, para el tercero.

Si nos situamos ante esos *romans*, así llamados en un primer momento por estar escritos en una lengua romanica, y en uno segundo al *sustantivarse* y adquirir un significado pleno de relato o historia referida que se separaba con amplitud de los estructurados desde la oralidad, pronto percibimos una larga serie de problemas que afloran conduciéndonos al corazón de una situación bien tipificada de un momento inaugural.

Sin duda, los más evidentes son, primero, los que nos dicen del modo como resolvieron el problema que implicaba el mero hecho de la traducción de los textos elegidos, pues, por un lado, los autores de estos *romans* eran hombres incursos en la corriente humanista que se cultivaba en los grandes centros urbanos, y anteriormente en los monasterios, que incidía de manera manifiesta en el conocimiento de los textos literarios latinos y griegos de la antigüedad, y en segundo lugar, que estos hombres muy pronto tuvieron conciencia de la imposibilidad que dichos textos conllevaban para hacerse comprensivos por un público receptor, relativamente amplio, y poco conocedor de las lenguas clásicas. El mundo y la realidad que en

---

<sup>38</sup> H. E. KELLER, *Wace et Geoffrey...* ed., cit., págs. 13 y ss.

<sup>39</sup> RETO R. BEZZOLA, *Les origines et la formation de la littérature courtoise en occident (00-1200)*. Parte II. Tomo II. Pans, 1966, págs. 444 y ss.

<sup>40</sup> RETO R. BEZZOLA, *Les origines...* T. II. Ed. cit., pág. 446.

<sup>41</sup> JEAN FRAPPIER, "Le roman en vers en France aux XII<sup>e</sup>" en *Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters*. Band IV/I. Heidelberg, 1978, pág. 145.

<sup>42</sup> JEAN BODEL *La chanson des Saxons* ed FRANCISQUE MICHEL 2 vols. Genève, 1969. 1<sup>a</sup> París, 1832-1848. Prólogo, págs. 6 y ss.

<sup>43</sup> PAUL MEYER. *Alexandre le grand dans la littérature française de moyen age*. 2 vols. Genève, 1970, 1<sup>a</sup>, París, 1886.

los relatos clásicos se reflejaba era algo tan diferente de lo percibido y vivido por el hombre europeo del siglo XII que hacía a todas luces plausible la imposibilidad de cualquier intento de participación.

Cuando ellos utilizaron la fórmula *mettre en roman* o traducir a lengua románica, a pesar de sus avisos de fidelidad, de *sivrai a la Ietre*, lo que en realidad estaban haciendo era utilizar un tópico que les servía para caracterizar su relato con una *cartela* que pudiera ayudar a legitimar su discurso: un discurso que partía desde su presente hasta alcanzar un pasado diluido y borrado en el tiempo. Y no es sólo porque el autor de estos *romans* se valiese de anacronismos más o menos evidentes, ni porque el *sermo sublimis* de las obras clásicas hubiese sido sustituido por un *sermo medio*<sup>44</sup>, ni porque se nos mostrase un mundo tebano o troyano..., descritos según los cánones propios de la sociedad cortesana de los años medios del siglo XII...

En realidad, lo que los autores de esos *romans* estaban haciendo o, si queremos, intentando hacer, era diferir su presente hasta un tiempo anterior que alcanzaba otro primero, mítico. Y si tal trabajo era calificado de *translatio*, sin duda alguna, más lo era por serlo en este sentido que en el meramente textual. Por esta *traslatio* de su mundo al grecorromano, además, se alcanzaba un principio que legitimaba. El ejemplo estaba bien establecido en aquellas genealogías que hacían remontar las líneas del linaje hasta los primeros padres o como en el libro de Monmouth cuando hacía que Bruto, héroe nacido de descendientes troyanos, tras vivir una larga serie de peripecias, había llegado con sus compañeros a una isla llamada Albión habitada sólo por gigantes. Tras vencerlos, nos dice, se repartieron las tierras regadas por nos de abundante pesca y bosques colmados de caza... "Por último, Bruto llamó Britania, de su propio nombre, a la isla, y britanos a sus compañeros que la habitaban, pues deseaba que su nombre se perpetuase eternamente. Después, la lengua de su pueblo, que en otro tiempo se llamó troyano o griego oblicuo, fue llamado britano..." (H.R.B. 22). Monmouth, en esto, había seguido a su vez a Nennio que ya habló de este personaje..., y también al propio Virgilio o a tantos mitos y escritores del mundo griego que habían explicado la fundación de sus ciudades por el quehacer de grandes héroes.

La erudición arqueológica carecía de sentido, pues la idea que en realidad guiaba tales *romans* era semejante a la que auspiciaba la *Historia regum britaniae*. Todo un entramado de reyes de la antigüedad, como Bruto, o su ascendiente Eneas, quedaban fijados como antepasados de las dinastías britanas o normandas, con lo que el carácter meramente literario o de conocimiento de obras grecorromanas pasaba a un plano muy secundario, al tiempo que adquirirían el de crónicas poéticas de una *realidad* que todavía les llegaba.

Enrique II, que tuvo problemas respecto al origen de su poder al haber sido disputado éste por Etienne de Blois y la emperatriz Matilde, buscó una legitimación que no dejase lugar a dudas para lo que se rodeó de escritores de pensamiento histórico y doctrinal como Jean de Salisbury, Pierre de Blois, Girard de Barri...<sup>45</sup>. Las traducciones de los *romans*, como el de Eneas, venían a referir el caso ya *suscitado* en la antigüedad de un héroe errante, alejado de su tierra, que alcanzaba otra lejana que podía ser considerada como un segundo Paraíso, como hace Monmouth al describir Britania (H.R.B. 5), desde la que fundaría un imperio, y que podía mostrarse como un antecesor singular del actual monarca. Las obras de

<sup>44</sup> E. AUERBACH, *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barcelona, 1966.

<sup>45</sup> Ver RETO R. BEZZOLA, *Les origines et la formation...* Ed. cit., T. I, págs. 3 y ss. Sobre Enrique II, de J. BOUSSARD, *Le gouvernement de Henri II Plantagenet*, Abbeville, 1946.

Jean de Salisbury, escritas en latín, y desde una perspectiva muy diferente, en determinados momentos. también lo proclamaban así, como en el libro VI de su *Policraticus*, que trata del arte de la guerra, pasando revista a la historia reciente de Inglaterra, y haciendo un elogio de Enrique II que contraponía a la serie de invectivas lanzadas contra el perjurio Etienne, intrigante. perseguidor de la Iglesia y opresor del pueblo. Por último comparaba la figura de Enrique II a la de Alejandro por sus victorias sobre el rey de Francia, sobre su propio hermano Geoffrei en 1156, y sobre los nobles...<sup>46</sup>.

Por aquellos mismos días, en esta corte, Wace traducía una gran parte de la obra de Monmouth al francés bajo el nombre de el *Roman de Brut*, dentro de sus funciones de cronista de la corte, por las que usando de gran liberalidad llegaba a suscitar como posible el entronque de la familia real dentro del linaje de Bruto, del rey Arturo..., al ser su sucesor legítimo. Después le suceden en este puesto Benoit de Sainte Maure, traductor también del *Roman de Toie* y redactor de una *Estoire des suces de Normandie*.

Como antes señalábamos, estos romans han sido tenidos como un eslabón que unía lo que iba a ser la novela caballeresca con los cantares de gesta, sin embargo, lo que en realidad significaba era una ruptura total con la literatura épica, eminentemente oral. Si tomamos uno de estos libros. como el *Roman d'Eneas*, pronto vemos que nos situamos ante un texto que no es una traducción literal, sino una adaptación por reducción, una *abreviatio*, que se argumenta principalmente en torno a la figura de Eneas que se nos ofrece como un héroe guerrero y un héroe enamorado, que en realidad prefigura lo que muy pronto llegará a ser el héroe convertido en caballero errante<sup>47</sup>. Episodios fundamentales de la *Eneida* pasaron a un segundo plano o fueron silenciados completamente, o se remodelaron sobre descripciones de costumbres de la sociedad antigua que resultaban carentes de sentido al hombre medieval...<sup>48</sup>.

El autor del *roman* obró sobre una cuidadosa selección de episodios de la *Eneida* que por un lado nos permite hablar de que "su capacidad creadora aparece, bien en la elección del modelo —la historia de Eneas, padre del imperio romano—, bien en el minucioso análisis previo de la *Eneida*, que le inducen a operar una disección de su contenido para crear una obra nueva y diferente en sus pretenciones de la latina", como nos dice Esperanza Bermejo<sup>49</sup>, y también en la configuración del héroe virgiliano que ahora era visto bajo aspectos humanos bien diferentes, pues Eneas es, ante todo, un joven que vaga en busca del país prometido por los dioses que a su vez es el originario de donde procede su antepasado Dardano. Eneas pasa así a ser un héroe medieval semejante a aquellos *jovenes* en los que la posesión de un área determinada de tierra y la consecución de la mujer amada iban a ser la razón y fuerza que les impulsara a correr su aventura.

Con los *romans d'Antiquité* se rompían los lazos que aquella sociedad cortesana sostenía con la que le había precedido en los días de la alta Edad Media, y en su consecuencia el héroe medieval, en su sentido épico, en tantos aspectos continuador del de la antigüedad, quedaba visto como una figura del pasado. Un nuevo modelo de héroe, irrumpía en aquella

<sup>46</sup> RETO R. BEZZOLA, *Les origines et la formation...* Ed. cit. T. I., pág. 30.

<sup>47</sup> Ver la introducción al *Roman d'Eneas* en su traducción española de ESPERANZA BERMEJO. Barcelona, 1986, págs. 26 y ss. Ver edición crítica de J. J. SALVERDA DE GRAVE 2 vols. París, 1973. Sobre el amor en este *roman* R. JONES. *The Theme of Love in the "Romans d'Antiquité"*. London, 1972. en este trabajo se resalta la importancia que se le concede al amor en la mujer, donde son analizados con precisión los sentimientos que despiertan.

<sup>48</sup> Ver J. CROSLAND "Eneas and the Aeneid", en *Moder Language Review* nº 29, 1934, pág. 282 y ss. R. PETULLA. "Il Roman d'Eneas e l'Eneide" en *Filología medievale e umanistica*, nº 151. 1968, págs. 409 y ss.

<sup>49</sup> ESPERANZA BERMEJO, Introducción al *Roman d'Eneas*. Ed. cit., pág. 29.

sociedad bajomedieval, pero para que ello fuese posible, era necesario que se cumplieran todas las condiciones que tal remodelación implicaba, es decir, debían verse como remedos de otros anteriores. El hombre de los siglos XII y XIII, afirmándose en sí mismo, recuperaba su memoria y entraba en la posteridad.

La solución a tal juego fue promovida por ellos mismos al secundar y extender en el pasado su propio presente, como única posibilidad de concebirlo. Y es que el pasado, lo existido, para este hombre del siglo XII, no pasaba de ser poco más de un acto de fe en vez de un acto de constatación de una realidad humana habida en el tiempo acabado, y como tal acto de fe se fundamentaba en una creencia que no podía representar la realidad pretérita, por lo que partiendo de sí mismo y su presente, proyectaron al pasado dentro de un carácter irreal y onírico que al final les llevó a encontrar allí lo que deseaban hallar, su mundo, porque sólo eso eran capaces de imaginar y recrear.

Si reparamos en estos *romans* junto a lo que se nos dice en las obras de Monmouth y Wace, pronto sabremos que nos encontramos frente a una respuesta global por la que percibimos un estado de necesidad que nos dice algo que poco o nada tiene que ver con una preocupación historicista secundadora de una intención que no busca saber y conocer de una realidad anterior, sino de un presente que quiere reafirmarse sobre un pasado que se presentaba como una especie de quimera más próxima a la representación que a lo que en sí era la realidad del pasado antiguo, una realidad que difícilmente podía llegar a vislumbrar el hombre medieval.

Y, por otro lado, en estos libros no podemos hablar todavía de ficción entendida como un desdoblamiento de la realidad del hombre en el mundo que nos lleva a conocerla mejor y de manera más profunda. La ficción nos acerca a un campo en que la realidad sufre un examen por contracción sobre ella misma que al final no la reduce sino que la amplía y diversifica al permitir contemplarla desde múltiples perspectivas. Y para que esto fuese posible, la realidad tuvo que pasar todavía a ser vista en el estadio de lo imaginario, pero como consecuencia de la imaginación, que no puede considerarse como algo producido por el deseo, ya que es ella, la imaginación, la que condiciona el nacimiento de ese deseo, pues como ya supo ver Aristóteles en su tratado *Del alma*, "nadie desea sin imaginación" (433b), aunque no ha faltado tampoco quien haya preferido verla en un plano meramente convencional, como efecto de la insatisfacción.

La imaginación, como dijimos anteriormente, es una facultad motora que no produce imágenes, sino que capacita para argumentar sobre las *imágenes* que la conciencia posee. En pocos momentos del pasado del hombre europeo podemos encontrar una situación más clara que nos ejemplifique el paso dado por el que se comprende de distinta manera a como se hacía anteriormente, que el que encontramos en estos libros. El pasado remoto, el de los días del mundo clásico, apenas si podía ser vislumbrado y reconocido, y en su consecuencia, para volver a ser tenido como algo que fue y estuvo, como algo que existió en sí mismo y por sí mismo, imaginado; y como siempre sucede, se imaginó desde lo que se conoce y posee, y sobre lo que se conoce y posee. No se imagina desde el vacío, sino que se hace sobre el vacío, llenándolo, expandiendo nuestra realidad en él.

Estos libros son una afirmación del presente, su presente, que se llevaba a efecto por obra de una traducción de libros escritos en la antigüedad y que *conscientemente* iban a ser traicionados o traducidos para ser entendidos. Son libros por los que se organizaba un ejercicio de permanencia y explicación de su propio mundo y tiempo, en los que la antigüedad no pasaba de ser un remedo más o menos significativo. Estamos ante la realidad del arte, que

dice de su tiempo, que choca de manera frontal con la forma y manera de preservar la antigüedad que tenían los hombres de iglesia que ya, en una etapa anterior, la habían cristianizado y de la que se constituían en guardianes. La historia, para los clérigos, ante todo, debía servir para procurar modelos en el bien decir, y ejemplos a seguir en el presente y en el futuro. La historia no se enseñaba de manera expresa en las escuelas, sino como intermedio de las lecturas que servían a estos fines. Los escritos históricos, que no faltan durante todo este período, en latín, no pasaron de ser utilizados por un pequeño círculo de *litterati*<sup>50</sup>, siendo en su mayor parte, escatología según emanaba de las Sagradas Escrituras que chocaba con la manera de hacer de los *traductores* laicos que ante todo imponían la afirmación del orden humano sobre la memoria de su presente, y que muy pronto se manifestó como instrumento político. Frente a lo universal se opuso lo particular, frente a lo imperecedero se situó lo propio del momento... Hasta ese tiempo los clérigos se habían manifestado por escrito a través de una lengua, el latín, que les permitía expresarse con sincretismo, y por otro lado, estaban los poderosos señores feudales reducidos en su forma de decir a la palabra oral.

La literatura del siglo XII nos muestra el momento de conjunción de estas dos maneras de referir en el instante de dar cuenta de una nueva situación verificada en la sociedad. Monmouth, todavía utilizó el latín, Wace y los autores de los *Romans d'Antiquité* lo hicieron en francés..., pero hay algo más importante, pues muy pronto la literatura diría *desde* un pasado sobre su presente en lo que era una nueva forma de decir. El *Roman d'Eneas*, de *Thèbes*, de *Troie*, junto al *Roman de Brut*, o la misma *Historia regum britaniae*, son una forma nueva de decir, pero todavía intermedia por más que sirva para dejar a un lado a la poesía épica y a la historia eclesial.

Pero si nos fijamos bien, la postura adoptada por estos escritores parte de un lugar común que no podemos olvidar: me refiero a que todos ellos buscan la apoyatura de un texto anterior que actúa con valor de autoridad. Geoffrey de Monmouth, en varias ocasiones a lo largo de su obra, afirma que su libro es una traducción de un libro antiquísimo que le ofreció su amigo Walter, archidiácono de Oxford. Wace traduce a su vez a Monmouth y los autores de los *romans* lo hacen de autores antiguos. Todos se apoyan en lo anterior convirtiendo los textos de la antigüedad en autoridades genealógicas.

En el continente europeo los clérigos habían difundido el latín como lengua cultural que a su vez había servido para que se conocieran muchas obras de autores antiguos considerados ya como modelos, así como, de forma paralela, se había desarrollado por un lado una labor de apostolado y por otro de acoso que había servido para silenciar muchas de las creencias religiosas y formas de vida anteriores. Las distintas manifestaciones de la fe según la religión antigua fueron sustituidas por las de la nueva religión, unas veces borrándolas totalmente, y otras remodelándolas al seguir el principio de que mantenían la continuidad de lo sagrado. En gran parte muchas de aquellas manifestaciones y tradiciones fueron presentadas como superadas en la medida que el cristianismo las había incorporado perfeccionándolas. El misionero cristiano de la Edad Media demolió ídolos y taló bosques, pero también prefirió en otras ocasiones purificar y consagrar los antiguos lugares de culto, pues así los neófitos se familiarizaban con la mera fé<sup>51</sup>. El estudio de los cánones de los distintos Concilios de los siglos inmediatos a la extinción del imperio romano, nos dice de esta lucha y enfrentamiento

---

<sup>50</sup> MARC BLOCH, *La société féodale*. París, 1968, págs. 142 y ss.

<sup>51</sup> FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO, *Fiestas de pueblo* (en prensa), Cap. VI. Véase FRANCO CARDINI, *Magia, brujería y superstición en el Occidente medieval*, Barcelona. 1982, págs. 23 y ss.

<sup>52</sup>. Pero de todas formas siempre continuó perviviendo de manera soterrada un cúmulo de ideas, creencias, leyendas, sentimientos...

El libro de Goffrey de Monmouth, redactado y vertido al francés por el clérigo anglo-normando Wace, tuvo una gran acogida en la corte de Leonor de Aquitania y Enrique II, donde, a pesar de tratar también de una materia de la *antigüedad*, por más que los historiadores de la literatura no la consideren como tal por el motivo de no pertenecer al ámbito grecorromano. Los *romans d'Antiquité* derivaron muy pronto a un género en el que lo propiamente histórico fue imponiendo su sello de crónica en un estilo recortado y seco como encontramos en *Roumanz de Jules César* muy pronto llamado *Hystore de Jules César*, y otros ejemplos, en que sobresale lo fantástico, como *Histoire ancienne jusqu'à César*<sup>53</sup> o un lirismo psicológico, como en *Piramus*<sup>54</sup>..., quedando aquellos como muestras fieles de una concepción cristiana que por un lado negaba la historia al no reflejar su sucesión y por otro proyectaba su pesimismo radical al ser un mundo todavía cerrado a la revelación. Junto a un mundo en el que se percibían las costumbres e instituciones medievales propias del siglo XII, el universo grecolatino fue visto como una realidad pagana en la que los hombres que la habitaron estaban dominados por la violencia al mediar sobre ellos dominios bajo las figuras de ídolos o monstruos, o sus héroes. salvo excepciones, como Alejandro, que estaban entregados a la desesperación, siendo sus faltas irreparables... Los *romans d'Antiquité* decían de una realidad que podía ser ofrecida como un ejemplo de la ruptura de la humanidad frente al cristianismo. La obra de Monmouth era algo completamente diferente, de ahí que ni por equivocación fuese incluida junto a ella.

Sin embargo, la obra que verdaderamente irrumpió con fuerza hasta el punto de ser ella origen de un género literario, el *roman*, y de levantamiento de un mundo de ficción que proyectaría de manera sublimada la compleja realidad del mundo cortesano medieval, fue *Roman de Brut*. ¿A qué podía deberse?, ¿por qué?... La única respuesta posible a este enigma histórico hemos de verlo en lo que verdaderamente era y representó la obra de Monmouth y su adaptación al francés de Wace, que no fue otra cosa que evidenciar la *pervivencia* de unos vestigios medio ocultos y medio perdidos en el suelo galo que decía de un tiempo en que fue dominante la cultura celta.

Las obras de Monmouth y de Wace, en un momento de exaltación nacionalista venían a decir que tanto en las islas Británicas como en el continente había habido un pasado glorioso. El desarrollo de un género novelístico, el *roman*, arranca de la encrucijada de un presente vitalista que buscaba indicaciones y señas para adentrarse en el futuro y con un pasado rico y expresivo que todavía estaba ahí y que había sido reducido al silencio y al olvido.

---

<sup>52</sup> Véase JAVIER ARCE, 'Conflictos entre paganismo y cristianismo en Hispania durante el siglo IV', en *España entre el mundo antiguo- el mundo medieval*. Madrid, 1988. El libro de FRANCO CARDINI citado en nota anterior, y el de OROZCO GIONARDO *Religiosidad popular en la alta Edad Media*, Madrid, 1983. por sólo citar unos libros de fácil consulta.

<sup>53</sup> J. Ch. PAYEN y F. N. M. DIEKSTRA, *Le roman*. Louvain, 1975, págs. 37.

<sup>54</sup> *Piramus*, editada por C. DE BOER. París, 1921. *Narcissus*, editada por M. PELANY y N. C. SPENCE, París, 1964.